

ESPAÑA, LA CALLE

Salvador Márquez Gileta

PUERTABIERTA
EDITORES

En *España, la calle* Salvador Márquez Gileta desvela la doble moral con la que es visto el homosexual en la sociedad colimense de las últimas décadas del siglo XX. Muestra la lucha de doña Clara y don Jacinto por “enderezar” esa estirpe de Caín. Pero ni el internado militar en USA, ni la consagración a la Santa Iglesia, ni el médico psiquiatra, ni la prometida herencia de la mitad de aquella casa hacen que Leonardo deje el cetro que le pertenece. Así lo reafirma cuando, a los 15, desfila como Señorita Colima 1962, con el mismísimo vestido que doña Clara Rivas llevó en 1947, cuando fue reina de la Feria de Todos los Santos. Entre la nostalgia de las canciones que se piden a la XERL, la lucha libre del Santo, el grito de Tarzán y los superhéroes del momento; entre los ritmos de Jorge Negrete, el *rock and roll* y Juan Gabriel, se erige la fuerza de su preferencia sexual. Y ¿cómo cambiar aquello? Ni con el temblor del 85 y su “tierra de olanes”, ni con la furia de Dios, porque “cuándo se ha visto que las perras vuelen o que los burros sean directores de orquesta”. Tampoco *ellas* cambiarán lo que es así desde el principio. *La chula linda*, Leonardo de Sandoval y Rivas, ve nacer su deseo frente al ángel desnudo, detrás de un aparador, mientras su madre compra telas en una tienda de Guadalajara. Desde entonces irá reafirmando a contracorriente del qué dirán y de las buenas conciencias su único vicio por el que la sociedad de doble moral lo estigmatizará, marcándolo más que el Diccionario de la Real Academia con su definición de puto.



PUERTABIERTA
EDITORES

Colima, Capital Americana de la Cultura 2014



ESPAÑA, LA CALLE

ESPAÑA, LA CALLE

Salvador Márquez Gileta



PUERTABIERTA
EDITORES

Primera Edición 1995

D.R. © **Herederos de Salvador Márquez Gileta**
Segunda Edición 2014

D.R. © **Puertabierta, Editores, S. A. de C. V.**
Segunda Edición 2014
Ma. del Refugio Morales No. 583 • Col. El Porvenir • Colima, Col.
Tel. (312) 312 11 33 • www.puertabierta.com.mx

D.R. © **Sigi Pablo Pineda García**
Sobre la obra que ilustra la portada
Título: La Pecha añorante
Técnica: Fotografía digital
Modelo: Luis Ignacio Díaz Rivera (Nacho La Pecha)

ISBN: 978-607-8286-39-3

Diseño: Pablo César Oliva Brizuela / Miguel Uribe Clarín

Impreso en México

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Contenido

Prólogo	7
Introducción	11
Capítulo I: “Señorita Colima 1962”	13
Capítulo II: Un tigre a la Chantilly.....	29
Capítulo III: Tobi Club	39
Capítulo IV: Bajo el signo de Orus	51
Capítulo V: La extraña fórmula del señor López Rosado	63
Capítulo VI: La noche que perdió el Guadalajara	69
Capítulo VII: Ellas platican con las serpientes	81
Capítulo VIII: Los botones del destino	89
Capítulo IX: España, la calle... ..	97

Prólogo

En *España, la calle* Salvador Márquez Gileta desvela la doble moral con la que es visto el homosexual en la sociedad colimense de las últimas décadas del siglo XX. Muestra la lucha de doña Clara y don Jacinto por “enderezar” esa estirpe de Caín. Pero ni el internado militar en USA, ni la consagración a la Santa Iglesia, ni el médico psiquiatra, ni la prometida herencia de la mitad de aquella casa hacen que Leonardo deje el cetro que le pertenece. Así lo reafirma cuando, a los 15, desfila como Señorita Colima 1962, con el mismísimo vestido que doña Clara Rivas llevó en 1947, cuando fue reina de la Feria de Todos los Santos. Entre la nostalgia de las canciones que se piden a la XERL, la lucha libre del Santo, el grito de Tarzán y los superhéroes del momento; entre los ritmos de Jorge Negrete, el *rock and roll* y Juan Gabriel, se erige la fuerza de su preferencia sexual. Y ¿cómo cambiar aquello? Ni con el temblor del 85 y su “tierra de olanes”, ni con la furia de Dios, porque “cuándo se ha visto que las perras vuelen o que los burros sean directores de orquesta” (p. 74). Tampoco ellas cambiarán lo que es así desde el principio. *La chula linda*, Leonardo de Sandoval y Rivas, ve nacer su deseo frente al ángel desnudo, detrás de un aparador, mientras su madre compra telas en una tienda de Guadalajara. Desde entonces irá reafirmando a contracorriente del qué dirán y de las buenas conciencias su único vicio por el que la sociedad de doble moral lo estigmatizará, marcándolo más que el Diccionario de la Real Academia con su definición de puto.

Porque en Colima hay una comunidad oculta que traspasa clases sociales, que rebasa cargos políticos, religiosos y situaciones morales. Allí se funden y se confunden gustos entre putos, jotos, maricones, mayates y chichifos; se afinan y se adaptan canciones de Juanga a los coros celestiales. Allí desfilan hijos de gobernadores y de familias bien. El futbolista y el sacerdote caen. Uno cobra y anota en

su libretita todas sus conquistas: si pagan, si deben; el otro compra motocicletas a los adolescentes que atrapa en sus redes. El sexo y el dinero son aliados de los personajes que muestran claramente su manera de ser y de sostenerse en el mundo ambiguo, perverso, de los que se piensan en el camino correcto de las apariencias. *El tigre* cambia sexo por comida, seduce y es seducido; representa el punto de vista del amor libre y polígamo en el homoerotismo. Y Leonardo sufre de amor, se emborracha por las infidelidades de Galilo, por el rencor nostálgico hacia su madre, por la hipocresía de su amante al casarse sólo para acallar los rumores. Pero siempre vuelve la reconciliación después de los platos que vuelan, de las macetas que caen, de los arranques de celos que no sabe contener, porque al fin y al cabo persisten como pareja cuando la mujer de Galilo se va. El suyo es un amor lleno de complicaciones. Su preocupación alcanza la educación de los hijos, de sus hijos porque *ella* es mamá Leonarda. “Qué trabajo la educación de los niños. Libros y más libros hasta formar enciclopedias: Piaget, Neill, Montessori. Aún no puede explicarles por qué duerme con su papá Galilo y por qué su tía *Lulú*, tía *Janis*, tía *Libertina*... siendo hombres se llaman como mujeres” (p. 89).

El mundo sórdido de *España, la calle* está trazado por la música popular mexicana, el fútbol y el catolicismo. La cantina, el estadio y el confesionario son espacios de gran carga simbólica que ayudan a delinear la ambigüedad del sexo masculino. Otro denominador imprescindible es la calle. Leonardo, “como todos los de la calle España” es “perro para los putazos”. Enfrenta a Galilo y mientras su amante lo deja tirado, Leonardo habla con Aristóteles en un tiempo que se traslapa entre Colima y Grecia; entre lo vulgar y lo erudito; entre el vacío cotidiano y la filosofía de Nietzsche, Aristóteles y Hegel. La calle España es el espacio de una clase social venida a menos, es la nostalgia de los conquistadores, es Sodoma que cae y resurge una y otra vez como el ave Fénix. Leonardo, en su borrachera, muestra con ironía al intelectual perdido en el alcohol que quiere sentirse filósofo, poeta o erudito. Sin embargo, este personaje no lo hace como pose, es romántico; así como sufre por el amor de

Galilo, siente que habita las calles de París; alucina frente al espejo con ser un gran poeta. *Lulú* le explica que no está en París, sino en Colima, borracho y tirado en una banqueteta. Así, termina su sueño de no ser un literato mediocre en los caminos del aprendizaje rudo, en el vaivén de Colima a Manzanillo. Leonardo se enfrenta no sólo por amor, tiene discusiones filosóficas con la *Janis* que da clases y vende mariguana. Leonardo lo odia, se odia a sí mismo “por no haber leído, ni siquiera hojeado a Hegel” (p. 58) como le restriega la *Janis*. Leonardo o *Leonarda* es un existencialista; “de tristeza fallece [...] mientras las demás mueren acuchilladas: el Chino Hoyos de cinco puñaladas en la cabeza, el doctor Enríquez de siete [...] a Reynaldo Vera le cortaron el cuello. A Mircea Rodríguez lo castran [...]” (p. 67). Leonardo sufre, teme, como todos, las redadas de los policías, pero no por eso deja de vivir. Organiza su boda con el nuevo amor para olvidarse de Galilo. Todos, que son todas (*Lulú, Farra, la Dorada, Shirley, la Libertina*) ayudan con pastel y guisos para la boda. *Lulú* será la madrina de lazo. Pero el novio no llega, las deja plantadas y Leonardo, *la chula linda*, llora con amargura. El verdadero amor, el amor-odio es el que siente por Galilo. Sabe que es bello y descubre frente a una estatua que su amado no debe ser visto como una propiedad. Promete no sentir celos, pero ante cada mirada de mujer o de adolescente, Leonardo pierde el aliento.

Salvador Márquez entra en los cuestionamientos íntimos del que se entrega con pasión, sin remilgos por tener preferencias distintas. Pero también deja ver que en las mejores familias, por más que lo quieran ocultar, se dan esos gustos y hasta escandalizan con celebraciones orgiásticas entre el mismo sexo. En esta obra, Galilo es un detonador que sigue el juego de las buenas conciencias, pues no sólo se casa, sino que no está dispuesto a andar gritando su “defectito”. Con esto y con la negativa a andar marchando, gritando con la bandera de Rosario Ibarra de Piedra, la visión de Galilo nos ubica en las décadas de los 80 y los 90, cuando también se desata el SIDA. Con el miedo y los prejuicios entre ellos, *ellas*, se rechazan, ven como cas-

tigos los desastres naturales y las epidemias, las fatales enfermedades del siglo XX.

Con una maestría palpable en el dominio del lenguaje, la ironía del discurso de los grandes filósofos y una gran riqueza de referencias a los mitos griegos, a educadores, a cantantes, Márquez Gileta hace el entretendido fino de la historia en esta novela que rompe los parámetros de lo bueno y de lo malo. Enfrenta a sus personajes, especialmente a Leonardo, *Leonarda* o *la Chula linda* a problemáticas que se derivan de su preferencia sexual. Pero así es Colima, dice el narrador: “santa, puta y parrandera”. Al ritmo del mambo, Márquez Gileta cierra ese mundo en una cantina, con el recuento de sus acciones. En el epifonema narrativo, el ¡Uno!, ¡Dos!, etc., se corresponden con los capítulos enunciados y estalla el “¡Maaaaaambó!” de Pérez Prado como el presente del pobre viejo que sueña frente al espejo antes de salir a la calle España y abrir otra página de su historia. Así, la novela abre y cierra con el deseo que se muerde como serpiente, porque al final es el hijo adolescente de Galilo, su amado, el que despierta la nostalgia de su pasión. Tanto por su estructura como por el manejo del lenguaje y la temática abordada en esta segunda novela, (publicada por primera vez en 1995, luego de durar 10 años enlatada), creemos que Salvador Márquez Gileta merece salir del anonimato en que lo ha mantenido la crítica literaria.

Gloria Vergara

Introducción

¿ÉL? ¿Ella? Porque siempre se tuvo duda sobre su sexo, despierta cuando han transcurrido casi tres mil años desde que el fuego celestial destruyera a la perversa Sodoma. No recuerda nada, ni el amor ni los celos parecen preocuparle. La cruda es un martillo y daría todo por una cerveza helada y un whisky en las rocas.

Un solo vicio posee Leonardo, *La Chula Linda*: asumirse reacio, conspicuo frequentador del pecado nefando, según lo tiene clasificado la Santa Madre Iglesia Católica; el más avanzado discípulo de la escuela socrática, según la concepción que priva en las escuelas filosóficas... Puto, m. v. loc. Del vulgo que nombra sin ambages, a lo que el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* (definidora por vocación) indica como sujeto que sostiene comercio carnal con individuos de su propio sexo.

Cómo no ha de serlo, en aquella sangre roja (azul cuando a ella se refiere la tía Genoveva), que pinta blasones y escuderías donde, si se hurga un poco, se hallarán cuatreros malvivientes, intrigosos aconsejadores que condujeron a nobles y virreyes a una ruina moral, prematura; tristemente célebres por su infortunio, sangre de los Borgia, de los cobardes Carrión circula por sus venas débiles, hierve frente a los mancebos de talante hastiado; esos que, de puro aburrimiento, se entregan al placer con tal de no incurrir en tediosas discusiones sobre la esencia del bien y del mal, bajo la tibia brisa, barredora de prejuicios y frenos.

La calle España, señalada por cantinas que al igual que un tarot: La Sirena, El Gato Negro, El Tenampa... remata con el Salón Palacio, cantina disfrazada de "Centro Familiar", une sus vestigios coloniales a los parroquianos que desparraman entre las sillas y las mesas el tedio, el bochorno de un verano infinito.

Galilo dice que no, que él no es. ¿Puede un hijo de don Clemente Santalucía (¡Clemente Santalucía!) decir que no? Amante de Leonardo desde los dieciocho años, mujer e hijos de por medio, eso no importa, decir que no, si ya le ha dado vuelo a la hilacha por todos lados.

Nunca hubiera imaginado que los vuelcos de la vida lo arrastrarían, en el torbellino a que se abandonó sin resistencia y que, antes de darle oportunidad de agarrar resuello, lo había colocado en un mundo distinto. Dónde quedaron los minutos, las horas, los días: diez años, toda una vida. La juventud, el amor, cuántas cosas llegó a significar el hombre junto al cual dejó correr el tiempo, el dinero... El Tigre que llevara hasta su lecho en llamas, en los revueltos tiempos del fin del milenio, éstos en los que gusta disertar de grandes artistas: Aristóteles, Miguel Ángel, Juan Gabriel... Y, ¿en qué se diferencian aquellas divinidades de las que habitan la calle España? Sólo porque son filósofos, pintores, cantantes...

—Dígame, perverso polimorfo, ¿en qué se diferencian? —Interpela el borracho que apenas logra levantar la cara, respondiéndole con murmullo ininteligible para luego desplomarse sobre el mostrador de la cantina. Descubre tras las botellas su rostro marchito, de ojos cansados, que palpa en las manos de amarillentos dedos. El tiempo —¡maldita vida!—, cómo ha pasado el tiempo.

Capítulo I

“Señorita Colima 1962”

Dormita la casa al mediodía, siesta de faunos con arrullos bethovianos que nacen, escapan del antiguo radio. Los corredores indiferentes a los violines, las violas, los pianos, los timbales enmarcan al viejo patio donde un niño levanta las manos para consagrar galletas cuando no “Marías”, “De animalitos”, “Saladas” no, porque Dios no es salado, Josefina exclama —¡Ay señor cura, deme su bendición!— con impaciencia, tal si se encontrara frente al obispo y le regalara un chocolate con buñuelos, para comprar así un millón de indulgencias plenarias o un pasaje al cielo sin escalas en el maldito purgatorio. —Este niño es un santo—, a doña Clara se le nublan los ojos. Lo consagra al Sagrado Corazón de Jesús y escapa para hacer oración a cada rato, sin permiso, pero, —para hablar con Dios, para platicarle— le deja hacer en libertad, hasta le dan dinero para limosnas, al cepo de Santa Eduvigis, reina pródiga, reina magnánima, reina espléndida que reparte monedas de oro entre los menesterosos, leprosos, mendicantes, bajo su manto de terciopelo rojo, su vestido azul, estolado por la piel ¿de qué animal? manchada de motas negras. Estirando la mano con gracia, gracia de reina de corona y cetro, ojos de párpados caídos y en el fondo las torres de Padua, de Florencia, torres renacentistas, calles adoquinadas. Al cepo de San Jorge luchando contra un dragón verde como la envidia, como el libidinoso deseo de los viejos, como los cuentos verdes, de hermosa barba y estandarte, clavando la lanza en el vientre mismo de la más horrenda pesadilla, la que abre fauces demoniacas mostrando dientes igual que paletas de limón, de grandes que son, de boca roja flamígera como la boca de doña Regina cuando la chiquillería estrella el balón en su puerta y sale esgrimiendo la escoba, insultando sobre

todo a sus mamás, de las que conoce hasta el más ligero desliz, San Jorge con su armadura, su caballo blanco asustado por la presencia del monstruo. Al cepo de San Cristóbal cargando un niño pequeño, casi de su edad, ayudándole a sortear la corriente del río de la vida, el sol desparramado en las aguas rizadas y el santo con los brazos, el tórax, las piernas desnudas, una calentura bajo el vientre, quién fuera niño-dios. Pero las limosnas no llegan completas, unas se van tras los helados, las jícamas con chile, las doraditas, y otras, tras los patines del diablo, del diablo sí, que las aparta de su divina suerte, de su santo destino, cuando no las tuerce hacia los cuentos de Donald, Archi, El Hombre Araña que alquila don Julián, colgados de un lazo. Así lo encuentra doña Clara una tarde no hablando con Dios, ni rezando, ni pidiendo piedad para las pecadoras almas de sus padres, sino comiendo pepitas y leyendo ¡Oh Dios, un niño de seis años! ¡Ayúdame doctora Corazón!, “Problemas del Corazón”, consultorio sentimental para quien quisiera recetarse de alguna decepción, de algún engaño, para quien fuera de toda esperanza, tratara de buscar alivio por la puerta falsa. Allí está la silueta que nunca tiene cara, pero en la radio posee la voz de Carlota Solares, para apartar a la mujer del padrote infame y regresarla al lado de su marido y sus hijos, o a la anciana torturada por la nuera, enviarla a un asilo. Allí está la voz que también es la de la esposa del Panzón Panseco, para vender ilusiones y jabón Fab con sus tres movimientos: “Remoje, exprima, extiende”. ¡Oh Dios, un niño de seis años!, le arrebató la historieta, hasta intenta regañar a don Julián pero no, él no tiene la culpa sino ella que le procura dinero. El obispo rueda báculo, mitra y estola ladera abajo en la indiferencia de su madre, que no vuelve a darle dinero ni de domingo durante un mes, ni le deja salir de casa una larga, eterna, semana.

Castigado, castigada su mentira y simulación, que aquélla es la forma en que se expresa Satán, cuando no se vuelve sapos y culebras en la boca de los niños, sabe a jabón el peor de los pecados, el que hace que el niño Jesús, de pura pena, se arrincone para llorar avergonzado. Ya casi le chamuzca la lumbre del infierno los pies que, si

no fuera por los zapatos, la sentiría arder porque allá irá a parar junto a los diablos mentirosos que la verdad, que es de Dios, brilla como luz del sol, y la mentira, oscuridad, tinieblas, le irán envolviendo y se perderá y nunca habrá de volver, de tan oscuro que esté, a ver a su mamá, ni a su papá, ni a sus hermanos ni a Fancy, el gato.

Escucha claramente, después del anuncio del jabón Casablanca —el de espuma blanca y abundante— antes de “Complacencias musicales”, donde solicitará al amable señor locutor le dedique el mambo número cinco, en la “XERL” —“La Voz Costeña, desde Colima”—, la noticia de que jubilarán a las maestras Emérita Nonato y Refugio Benítez. Si jubilan a la señorita Emérita Nonato bien merecido se lo tiene, se lo ha ganado a pulso: “La letra con sangre entra” y ¡Praz!, golpea la regla sobre el escritorio. ¡Praz! Sobre la espalda de Leonardo que, desgraciadamente, confunde la letra “a” con la “e” y, mientras la señorita Emérita señala la “u” sonando el pizarrón con la regla, impaciente porque no hace más que temblar y mirarla con ojos aterrados, escogiendo en su mente cuál será el maldito nombre de la letra que tiene las patas para arriba, la punta de la regla cae sobre la pizarra y el pie de la maestra describe un compás irritado en el piso. Para su mala suerte decide y dice “i”. Apremia fulminante: ¿Cómo dijiste? “i” repite, cándido, “a lo hecho pecho”, ¡Praz!, cae la regla sobre su cabeza. El miedo se vuelve llanto y orines, un charco moja el pupitre, humedeciendo las sentaderas. Miedo caliente que apesta. Sin embargo aquel Primero “B” aprende a leer, escribir, contar, recitar, todas las operaciones matemáticas y hasta cálculo diferencial habría aprendido si la maestra Emérita Nonato se lo hubiera solicitado amablemente con la regla.

Hoy la van a jubilar, “Así es el destino” y no cabe de gozo porque “La que mal anda...”. A ratos, pobrecita, tiene ganas de compadecerla, pero no que la jubilen, se lo merece. La verá caer en el patio de cemento, al fondo contra la pared, entre las puertas que señalan con letreros “Niños”, “Niñas”, la diferencia existente entre unas faldas y unos pantalones. La verá caer con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda mientras él, seguramente, devorará un mango con

chile. Caer en el patio, donde un 10 de mayo bailó “El Rascapetate”, y *La Daisy*, “La Calle 12”; caer con su vestido crepé gris de grecas negras que, en realidad, eran paraguñitas y sombreritos, sabría Dios qué serían aquellas manchas blancas que jamás logró descifrar. Pero la señorita Cuca Benítez es un alma del cielo. ¿Por qué la habrían de jubilar?

—Mamá...—Inquiere Leonardo— ¿le pondrán una venda en los ojos?

—Por supuesto que no.

—Pero...¿habrá mucha gente?

—dos los que deseen ir a la ceremonia.

—Yo quiero ir.

Corre a llevar la feliz nueva a *La Daisy*, así llaman a René Valverde, íntimo amigo de estudios y cuitas, los condiscípulos del Primero “B” de la escuela “Rafaela Suárez”. *Daisy*, hay consenso en que camina como pato.

René se pinta las uñas en ausencia de su madre, que todas las tardes sale de compras al hotel “San Francisco” y, cuando no, al hotel “San Lorenzo”, y de su padre que, religiosamente, regresa siempre lo más tarde posible.

—¡*Daisy!* Por fin la veremos morir frente a un pelotón de soldados. Como en el cine.

—Qué estás diciendo... cómo serás pendeja, Leonarda, jubilar no quiere decir jusilar.

Qué tonto se siente, mientras *Daisy* ríe interrumpiéndose sólo para soplar sobre el fresco esmalte de las uñas.

—¡Supermaaann! —grito guerrero de Jaimito que marca un cambio de ruta en el juego, hasta entonces conducido por la vereda de tierra donde se abandonan los coches de plástico.

—¡Taaarzaaannn! —Pepe, a los cinco todavía con dificultad para pronunciar la “R”, la que siempre sustituye por una “L”.

—¡Superniñaaa! —aclara Leonardo. Caen los superhéroes apenas niños, sobre él en la soledad de la huerta, al fondo de la casa ancestral. En los corredores que apacentan macetas, que hacen crecer

helechos y colomos. Allí junto al pozo, donde se le apareciera el chamuco a Josefina, la sirvienta, y donde seguramente se le aparecería a todo infante que trate de indagar en su interior. A los pies del guayaibo, donde trepara el gatito que su padre, don Jacinto, hubo de rescatar, aunque descendió con todo y rama estampando su humanidad contra el piso de tierra húmeda y, aunque el felino saliera ileso, única cosa que importó al niño, a don Jacinto lo trasladaron al Hospital de Jesús, para enyesarle un brazo roto, a resultas de la imprudente falta de cálculo; allí descubre que convivir con los superhéroes será la vocación de su vida.

Amado patio escolar donde ruedan como monedas los primeros besos. No, él no le dirá a la señorita Emérita que está por faltar tres días a clases, ni le entregará el recado donde Doña Clara explica que van de compras a Guadalajara.

—Mejor no voy, mamá. Váyanse ustedes, yo me quedo con mi papá —don Jacinto ríe.

—Bueno, iré yo para hablar con tu maestra —mejor. No fuera ser que la señorita Neonato de un reglazo le quite las ganas de andar viajando.

Guadalajara es otro mundo, calles, aparadores llenos de juguetes, árboles de navidad. Sobre el mostrador los empleados despliegan telas azules, naranjas, rayadas, boleadas, floreadas, tules, sedas, encajes; doña Clara las mira, las huele, las toca, acaricia: —No. Sí. Sí. No.— Y los dependientes sacan más y más rollos. Damiana y Teodoro se aburren sobre los bancos, recargando la piocha sobre el borde, mientras su madre ingresa, tela tras tela, en un mundo fascinante de Bombasíes, Musselinas y Chifones. Del otro lado de la calle se encuentra el cielo: un aparador repleto de angelitos de papel, de cartón, cuelgan del techo en hilos invisibles, con guitarras, violines, *cellos*, ángeles grandes y pequeños, querubines, cabezas aladas infantiles y sobre el piso del aparador pequeños ángeles sentados, sonriendo desde el cartón de sus cuerpos, de sus alas, le miran con las piernas cruzadas, con los mentones recargados en las manos, con las mejillas reposando; ángeles dormidos y despiertos, tristes y alegres,

de vestidos azules, rosas, amarillos, vestidos cortos para los ángeles niños, largos para los adultos, ceñidos por un cordón en las cinturas. Y entre el angelerío, uno de su edad, afable, prometedor; esconde medio cuerpo tras la roca y el otro medio cuerpo asoma desnudo, perfecto. Es aquél, lo sabe, el único: el amor; aunque pequeño, pura sensualidad entre sus piernas regordetas, en la cadera misteriosa, coqueto, ignorante de su desnudez, diciendo: —Ven. Ven conmigo tras la roca... —regresa al lado de su madre que extasiada comprueba la caída de un tul estampado en flores anaranjadas.

—No se vayan a ir de aquí. Ya casi termino.

Primero desciende del banco, se para un momento a su lado, sólo para hacer notar su presencia; en seguida está en la puerta, voltea para comprobar que permanece embebida en su mundo de telas, y corre al encuentro del ángel, que todavía está allí, igual, líbido alado derramándose sobre el cartón desnudo. Dos rizos caen sobre los hombros, los ojos miran entre inmensas pestañas. Arrobado, extasiado, tocando un cielo infantil, el ansia inexplicable que altera el pulso, aletea en su pecho ¿qué es aquello que acelera su respiración? ¿un ángel? ¿una sonrisa?. Pegadas las manos, la nariz al cristal para estar más cerca, tan cerca del celestial deseo. Regresa corriendo sin ver el auto que se avoraza tras su pecho de niño, el ángel enamorado también de sus ojos, de su boca entreabierta, le llamó. Pronto se halla entre todos, uno se adelanta gozoso para tomarle de la mano, llevarlo frente a un viejo autoritario que le recuerda a su padre enojado.

—Señor, acaba de llegar; ¿le permites quedarse? —aparta sus divinos pensamientos de los importantes acontecimientos que mantienen su faz agría, preocupada, y mira de soslayo al perverso renacuajo que recién llega; no le engaña la niñez que esconde un demonio, ¡en fin! un niño...

—Te vas o te quedas? —mira al ángel, al hermoso ángel, eterna promesa de amor, a todos los ángeles mirarle impacientes...

—Señora, ¿ese niño que atropellaron no es el suyo? —el dependiente desvía la atención de las telas.

—No. El mío está aquí —voltea al banco desnudo y corre a mirar bajo el auto, donde un niño con el vientre sumido, desmayado, sueña y sonríe. Abajo en la tierra, su madre llora entristecida, desesperada.

—Me voy. —se despide el angelito cabizbajo, enmudecido, solo. Cuando despierta, su madre lo estrecha temblando.

—¿Por qué, por qué, si te dije que no me desobedecieras? —ajena a las telas le mira.

—Es que... me gustó un angelito. —los toma de las manos, los arrastra hasta el cielo-aparador.

—¿Cuál? ¿Cuál? —preguntan los ojos de todos los curiosos: de la vendedora de billetes de lotería, del bolero que sostiene su cajón, del chofer del taxi, compungido —“Señora, yo no tuve la culpa, el niño salió corriendo...” —¿Cuál? —pregunta el dueño de la tienda, Dios acusador, “¿verdad, pequeño sodomita, que ese que se esconde desnudo tras la roca? —le mira sarcástica, inquisidoramente.

—¡Ése! —señala a un ángel adulto, vestido hasta los puños, hasta el cuello, donde arrastra su túnica verde; de alas recogidas y hermoso rostro, cuya boca se abre para entonar una canción de cartón, como de cartón es la guitarra que la acompaña. A nadie desalienta su elección más que al tendero.

—No es nada señora, se lo regalo.

Ni una sola esfera logra salvar su integridad, convertidas en polvo diamantino, espejeante, en la desesperación de Leonardo que, cada vez que se para el tren o emprende la marcha, aunque levante las cajas con ambas manos intentando salvar sus frágiles vidas, escucha en el interior crujir los vidrios y solloza “otra, mamá, ya se rompió otra”. La mole vibra sobre los rieles, entre el olor del vapor y el diesel; al final, decepcionado, arroja por la ventana las cajas, asoma la cabeza para ver brillar los pedazos desparramados a un lado de la vía.

—No le vayas a decir a tu padre que te atropelló un auto —en la oscura noche, en la oscura vida, en las oscuras horas de la madrugada saca de bajo la almohada un ángel de cartón para romperlo, para romper su futuro, por no haber tenido el valor de decir: ¡Ése! dejó

un ángel desnudo, sonriente, esperando y ya nunca lo encontrará ni en el pasado ni en el porvenir.

Dios ha perdido su capacidad de regidor. Si al principio creyó lo que contaba el padre Bazán (¡en pleno siglo veinte!) que la tierra, centro de todo el universo, se halla circundada por las esferas celestiales que al girar emiten la música excelsa, divina, en honor del Señor, música como la de Haendel, más hermosa aún, interpretada por complicadísimos mecanismos que, al escucharla, arroba, extasía, mientras los hijos de la luz, los ángeles, revolotean en parvadas alrededor de un señor gordo, barbón, cantándole su gloria, su apoteosis. Renuncia, a los doce años, porque no lo conviene creer en un Dios que le segrega, le condena de antemano, sin juzgarle, sin oírle, que dice le valiera más atarse una piedra al buche y lanzarse al mar que detentar su nefando pecado.

Etapa difícil la adolescencia. Si es para todos indefinida, para Leonardo aún más. Extraños vericuetos lo llevan de espejo en espejo, para odiarse por feo; maldecirse y preguntar que qué es él, que qué es aquello que ni hombre ni mujer parece. Torcido como la rama de un árbol torcido. Torcido como *La Daisy*, cuando camina frente al cuartel militar y los soldados silban desde el interior. Para que encuentre cabida y definición en el género masculino, para que se vuelva hombre, lo envían a una academia militarizada en Boston.

Lo primero es raparlo, cosa que ha de sucederle a todos los perros —perros son todos los de primer ingreso. Trata de salvar su cabellera, negra como el pecado, rizada como mar embravecido saltando la tapia. Hasta allá lo persiguen. A la sombra de un pino, entre lágrimas, mira caer los rizos, orgullo de su abuela y de tía Toñita. Embarrado de brea, cubierto de plumas desfila por las callejas del infeliz internado, a donde la intransigencia de sus progenitores le condujo. Pájaro gigante, torpe, incapaz de alzar el vuelo. Salta sobre los guijarros con pies descalzos, dolidos, ampollados por tantas vueltas en torno al edificio donde ríen los alumnos de grados avanzados. Lejos de Colima, de sus calles, llora su impotencia. Maldiciendo a Dios, a sus padres, al destino que no le dio ni voz ni modo de hombre. Extra-

ñando el pozole, las tostadas, los churros con chocolate que, en los atardeceres de un agosto lluvioso, Josefina le aderezó con canela.

Lo peor viene con la noche, manajo de enfebrecidos nervios; un puro temblar, temblor incontrolable que chirria en los resortes de la cama. Chirrido que se distingue con claridad entre los ronquidos, las palabras aisladas que brotan de bocas durmientes que sueñan con regresar algún día a sus hogares y los que no duermen, los de segundo grado, éstos por la madrugada lo cazan. Desnudo avanza por entre los prados de escarcha en las últimas negrísimas horas inmediatas a la aurora y desnudo lo arrojan al estanque, para entonces casi hielo. Aguantará el reto y, al final, un diploma donde constará que Leonardo de Sandoval y Rivas es un hombre hecho y derecho, un hombre “*Comme il faut*” será restregado en la jeta de don Jacinto, para que no se ande con chismes y murmullos de entredicho. Para que su madre no llore como la noche en que, arrastrándose hasta la alcoba de sus padres, la descubriera frente al tocador en la *coilette* nocturna encontrando también dos hilos de lágrimas y la voz de su padre:

—¡Por tu culpa es un joto y un blandengue, porque lo educaste como niña, pegado a tus naguas!

Lamerá las botas de los jovenzuelos güeros, grandotes; aunque quiera lamer más arriba, ni siquiera se atreverá a levantar la cabeza, ni así se volverá hombre: la voz, la misma, entre pito y clarinete. Los ojos se le irán tras cualquier pantalón de mezclilla que guarde en sus adentros indescifrables misterios: es un árbol torcido, torcidísimo.

El colmo llega cuando la partida de gañanes lo persigue, furibundos, como perseguirían sus innombrables deseos, para destruirlo; aquellos que los obligan a bajar los ojos en la regadera, en el baño matutino; lo acosan, jauría loca de sangre y destrucción, frente a un director que se hace tonto, delante de los maestros que se desentenden de aquel perro lanudo que huye desesperado, en la búsqueda inútil del refugio donde ocultar la vida y sus enigmas. La banda anglosajona, armada de palos y cadenas, lo arrincona contra la puerta del almacén, lanzados sobre su inerme esperanza, imprecándole en inglés que apenas entiende. Convertido en ovillo, doblado a manera

de feto que se muerde los huevos, encomendándose a Dios para que recoja su alma o lo que de ella quedara, estira hacia la turba ambos brazos y les pone las cruces. Como el diablo frente a la cruz se detienen. Quizá porque entre la chusma rubia se pudo colar algún católico o porque intuyen que la extraña invocación significa lo que en realidad es: un conjuro contra quienes se atrevan a tocarlo.

Se alejan rendidos, malhumorados, diciendo que así no se vale; salta el alambrado y toma el autobús a New York.

Que no, que nunca, que jamás regresará a tal infierno.

—Ay hijito. Ahora te paso la dirección de los Gómez. Viven en Brooklin. Vete con ellos. En este momento llamo y les aviso. Hoy por la tarde salgo para allá. No te desesperes, mi amor —Leonardo cuenta llorando su viacrucis.

A los dos días arriba doña Clara, presidenta del Patronato de Damas Voluntarias, Vicentina, Tercera, Mercedaria, asistente destacada de la Cofradía de la Adoración Nocturna.

—No te apures, hijito; yo hablaré con el director.

—Y el señor Meadows oyó la boca que, todos concuerdan, más que de santa, de piruja tiene doña Clara cuando se enfurece. Arrinconado golpea donde más le duele: en el bolsillo. Obligándolo a devolver desde los gastos de inscripción y colegiaturas, hasta los pasajes de regreso. Que si no, ella escribirá a don Adolfo López Mateos, Presidente de México, a John Fitzgerald Kennedy, Presidente de los Estados Unidos, y al mismo Papa, el beatísimo Pío XII, para referir lo que por las noches sucede en aquel antro, el G. Sartoris Institute, donde se amanceban entre puros hombres, mientras a otros, a los lilos, a quienes parecen mujeres, a esos los obligan a conocer su aciaga suerte.

El matrimonio de Sandoval y Rivas no presume que su hijo, el mayorcito, está educándose en un internado norteamericano, sino en la proletaria Secundaria 4, donde será bien recibido por los mocetones que se dejan manosear, tan libremente, que lo abrazarán para conducirlo a los baños, a cualquier rincón oscuro y, otra vez, Superniña cruzará volando el cielo de la costa.

Pero si doña Clara no ceja, menos aún su padre, que para él representa la extraña mezcolanza de Pedro Infante, Jorge Negrete y el Santo. Dios sabrá de dónde salió aquella misteriosa cruz.

Don Jacinto conduce a Leonardo donde “limpia” el espiritista. Porque así es el rito o por verle las partes, el brujo desnuda al joven. Le pasa unas ramas de pirul por todo el cuerpo. Asustado mira caer tierra a su lado, sobre todo por atrás, quemando los menjurjes mágicos. Para rematar le aplasta un blanquillo en la cabeza, mismo que logra hacerlo vomitar; apesta a podredumbre.

Hasta el siguiente día podrá bañarse, así ordena el rito. Parece que la limpia le sirve, porque una docena de alumnos, incluso el mismo director, de rodillas, le declara apasionadamente su oculto amor. Ni decir que aprueba con “excelente” y diploma de honor los tres años de aquella Secundaria 4. Para Superniña, hasta un templo habría construido *El Ballenato*, como apodan los alumnos al director. Años después, aún lo distingue como “el más aplicado alumno que haya tenido jamás aquella escuela”, donde los “delincuentes” “rapaces”, “escoria de la sociedad”, encuentran su refugio y reparte sopapos para apartarlos del camino del mal.

—¡Qué vergüenza, qué van a decir las Oviedo!, las hermanas del Obispo —doña Clara solloza compulsiva, desoladamente. Y lo que dijera don Rolando Méndez, padre del infante que Leonardo intentó seducir: “¡Los putos son la basura del mundo. Deberían encerrarlos a todos, qué digo: matarlos...!” Si no hizo una demanda judicial fue por consideración al matrimonio Sandoval Rivas, tan honorable, al que estima tanto. Sin duda aquella pena acabará con doña Clara. En el acuciante silencio, el escozor de una exudación fría le recorre vientre y espalda. Con la mirada gacha, espera el correctivo, el castigo que impondrá don Jacinto, que no dice nada, alzando los hombros en un gesto desesperanzado, al tiempo que niega con la cabeza. Lanza una mirada de rencor y vergüenza ¿es aquello su sangre: sangre de Jorge Negrete, Pedro Infante y el Santo?

Hay penas que matan, aniquilan. Ahora está frente a una de éstas: Como siempre, cada vez que una situación así lo derrumba, se de-

dica a escribir poesías en las que la palabra tristeza se repite diez veces, antes de dar fin al poema; poesías cargadas de resentimiento en las que maldice la vida, la gente, el mundo con sus animales. Deja la máquina de escribir, para dedicar una mirada al jardín que en momentos como éste le parece triste, como triste es el cielo y la casa que habita. A fuerza de tanta pena y dolor ha logrado acumular una extensa antología de adioses que llenan tres cajones de su escritorio con títulos : “Despedida”, “Amarga Derrota”, “Maldita Soledad”... todas por el estilo. Ya no queda espacio en el escritorio o la cómoda para cualquier otra diatriba contra la ingrata vida que tan mal le paga. A él, futuro habitante del Parnaso, donde morarán los poetas; a él, gloria incógnita de San Sebastián de los Caballeros, tercera ciudad fundada en la Nueva España, que resbala de las naguas del volcán, hasta tocar las playas del pacífico, con calles pobladas de chiquillos encuerados que corretean ignorando la lluvia de fuego del mediodía. Jala una hoja de la máquina de escribir, estrujándola para tirarla furiosamente al suelo.

—Pase —invitación indiferente, ni siquiera alza la vista. La curiosidad, aun en su disfrazada forma de cortesía, ha desaparecido del trato cotidiano. Con aprensión, con timidez, piensa en sí mismo introduciéndose al consultorio, asustado. La imagen es tan embarazosa que inicia el esfuerzo por recuperar el aplomo. El doctor Díaz Díaz finge la sonrisa que, tal vez, pasará por sincera: un mero formalismo, para ocupar el lugar que el médico indica.

A lo largo de la habitación que hace las veces de consultorio, varios cuadros con reproducciones de Van Gogh cuelgan en las paredes, encima de los libreros. Acata el minucioso examen, un tanto turbado.

—Mis padres hablaron con usted —como si tratara de espantar una mosca renuente, pertinaz, que se empeña en molestarlo.

—...usted es psiquiatra, pensaron que tal vez podrá ayudarme. —esto último, tratando de ocultar los movimientos de la boca, parpadea en exceso.

—¿Tus padres...? ¿Y tú qué piensas de ello? ¿Necesitas apoyo?

Asiente con la cabeza, esforzado en dominar la emoción, las fantasías que genera la intimidad con el galeno. De nueva cuenta, la mirada de la ciencia cae sobre su cuerpo homosexual, con manos frías, indiferentes, como deben ser las manos de la ciencia. Le auscultan vientre, senos de pezones rígidos, las formas dulces de los hombros y piernas, su culo de mujer: Ginecomastia Bilateral, nombre del tamaño de senos y ensoñaciones. Abandona el consultorio, cargando montones de frascos y cajitas, pastillas, inyecciones, cápsulas grandes y pequeñas, rojas, blancas, azules. El tratamiento de testosterona hace aparecer un prematuro mostacho, viriliza los músculos, masculinizando los ángulos del rostro: dolor persistente en la erección continua que controla, difícil, casi imposible. Todas las mañanas es puro arrojar, al cesto de la ropa sucia, las sabanas maculadas por la involuntaria eyaculación nocturna, apenas acaba una y ya comienza otra, acompañada de piernas, talles de jóvenes escultóricos y hombres de atletas, de viriles astros deportivos. Soñando muslos, vientres endurecidos por la gimnasia. Bajo el colchón la foto de las inmensas piernas de Pelé, saltando en el momento de meter un gol. El short, más que una segunda piel, una alusión apenas, sobre el cuerpo del futbolista, denuncia dos enormes promontorios. La cintura breve, brevísima, manchada de tanto deseo maltrecho, ajada por el delirio febril del sexo anhelado.

Por aquella época, sus padres intiman con él. Encuentra la explicación en el convencimiento que el doctor Díaz Díaz ejerce para que se acerquen y mejoren sus relaciones. Habla doña Clara, sobre todo, durante las comidas, de lo mucho que le quieren, de cómo han cifrado en él sus esperanzas, de lo inteligente que parece, sobre el resto de los chicos de su edad.

—Cuando te cases... [...]